

Si los comités consentían á lo pedido por Robespierre, si entregaban la Asamblea á Robespierre, se entregaban ellos mismos.

Emplearon más firmeza de lo que se esperaba. Elías Lacoste atacó á Robespierre por que arrojaba contra los comités la responsabilidad de las medidas revolucionarias.

Robespierre prometió que Saint-Just concertaría con los comités un informe general sobre la situación. Unos y otros se aproximaron y se comprendieron. ¿Quiénes llegarían primero para destruirse?

Esta era la única cuestión.

La sola novedad que se observaba era la reaparición de Robespierre, la seguridad que Barere expresó en la Asamblea respecto á la perfecta unidad del gobierno. Esto aterrorizó á la Montaña, especialmente á los cinco ó seis miembros que creían iban á perecer los primeros.

Couthon en sus homilias decía despreciativamente *cinco ó seis*.

Tallien, Freron, Fouché, Courdon, Lecointre tenían asiento en los comités.

Acordaron defenderse y dirigir el puñal contra el corazón del tirano.



CAPITULO II

Discurso acusador de Robespierre.—La Asamblea se niega á imprimirlo (8 Thermidor, 26 Julio 94)

Ultimo discurso de Robespierre (8 Thermidor).—Su apología.—Sus acusaciones.—Acusa especialmente á Cambon.—Acusa á los comités y á una coalición.—La Asamblea acuerda que se imprima el discurso.—La Asamblea se rectifica.

Robespierre preparó durante un mes su discurso. ¡Esperaba de él grandes resultados!

Acusaba solo claramente á Carnot. Lo demás era vago, atacaba á los *indulgentes*. Era necesario estar al corriente de la polémica de la época para saber que designaba á Fouché y á Dubois-Grancé. Estos eran los que los jacobinos habían tachado de *indulgentes*.

Dubois-Grancé contestó á la calumnia lanzada por Robespierre. La Convención tomó con calor este asunto y ordenó que se abriera una información, ya que iba envuelta en él la responsabilidad de cien representantes.

Barere se dirigió á Saint-Just que ya había regresado del campo de batalla y le suplicó. Todas las esperanzas se desvanecieron. La reconciliación era un imposible.

El discurso de Robespierre, especie de tela de Penélope habla más al porvenir que á la Convención. ¿Era un testamento de Robespierre? ¿Era un discurso sencillamente para la crisis política?

La primera equivocación que cometió fué la de hablar el día 8, después de la victoria de Barere, quien proclamó desde la tribuna la ocupación de Amberes por nuestras tropas. Amberes vale por toda la Bélgica y más cuando se hacía una guerra esencialmente inglesa. En aquellos momentos acusar á Carnot era como aparecer envidioso.

Su discurso era un volumen. Trataremos solo los puntos principa-

les. Comenzaba como una apología para desarrollarse como una furibunda acusación.

La parte apologética es de una humildad irritante. Se inclina á aceptar como jueces á gentes aterrorizadas. La Convención sin embargo creyó en este punto del discurso de Robespierre.

En su parte más clara la apología se compone de tres puntos.

1.º Abusando de la analogía de las palabras se atribuye maligna-



Asesinato del alcalde de Tampes.

mente al departamento de policía general las operaciones hechas en parte por el comité de Seguridad. Descártase en este punto la responsabilidad del negociado robespierrista.

2.º Se atribuyen todos los sucesos á Robespierre cuando el hace seis semanas que en nada interviene y que carece de influencia. Afirmación odiosamente ridícula en quien disponía de Payan, Herman, Dumas para preparar la acción.

3.º Esta duplicidad no daba crédito á las protestas siguientes: «Circulan listas de patriotas, de representantes proscriptos. ¡Nosotros proscribir á los patriotas! ¡Esto no es cierto! Nosotros somos los que hemos defendido la Convención!»

Semejantes afirmaciones vagas, sin fruto no servían más que para aumentar el terror. «Se quiere asustar á la Asamblea» decía, y él con sus palabras aterrorizaba á todos, á la Asamblea, á los jacobinos.

Estos eran los tres puntos capitales de la retórica apologética. Pasemos á la acusación.

Aparecen en sus primeras palabras inciertas, vagas, insólitas: «Se conspira.» Y cuando llega el momento de precisar dice: «¡Ah, me guardaré de pronunciar los nombres.»

Solo se designaba á uno, á Carnot, pero tampoco por su nombre.

Pero el solo que era nombrado, contra quien caía el discurso como el plomo, era Cambon. En aquellos días contra Cambon se levantaba un ejército de rentistas.

Todo el mundo iba á reclamar sus intereses á la Tesorería. Todos gritaban diciendo que nunca se les pagaría, que no se les reconocerían sus títulos.

Amontonábase aquella muchedumbre en la Tesorería. La operación se hacía con espantosa lentitud. En realidad los agiotistas estaban asustados.

Robespierre con suma habilidad hízose el eco del clamoreo de los rentistas. En este larguísimo discurso, tres veces vuelve á la carga.

Aprovecha todos los detalles escrupulosamente, envuelve en sus párrafos palabras que retrataban el embrollo de la Hacienda, ataques directos á Cambon.

«¿Quiénes son los administradores de nuestra Hacienda? Los compañeros y sucesores de Chabot, de Fabre, los brissotistas, *bribones conocidos*, los Cambon, los Mallarmé, los Ramel.»

El asombro llegó á su colmo. Todo el mundo se miró con estupefacción. ¡En este discurso vago, soltar repentinamente un nombre parecía un pegote, algo extraño!

¿Qué pretendía? ¿Exasperar á una muchedumbre ya irritada? No; probablemente minar la estimación que gozaba en la Asamblea Cambon. Creyó que la Asamblea dejaría que se inutilizara á este hombre triste, duro, combatido, á quien la fatalidad condújole á tomar medidas de maldición.

Los representantes recién llegados de desempeñar misiones, no estaban menos horrorizados. Pocas palabras había en su discurso contra ellos, pero muy fuertes. «¿Ignoraban los representantes los crímenes que se cometían en los departamentos?»

De Lion, de Nantes, de todas partes llegaban delatores, seguros que encontrarían apoyo en Robespierre.

Conclusión general del discurso.

Existe una vasta conspiración.

Debe su fuerza é intrigas, á una coalición del seno mismo de la Asamblea. Denuncia al comité de seguridad general. Se ha opuesto este comité al de Salud pública y se han constituido dos gobiernos.

Miembros del comité de Salud pública *figuran en este complot*.

Es preciso pues proceder á la depuración, restablecer la unidad de gobierno bajo la Convención que es el centro.

Cuando tomó asiento, Rovere decía á Lecointre: «Este es el momento; es preciso que se lea tu acta de acusación.—No, contestó.—Ataca solo á los comités para que se destruyan entre ellos.» En voz alta: «Pido la impresión del discurso.» Bourdon: «Yo me opongo. Enviémoslo á los comités para que lo examinen.» Barere apoyó la idea de la impresión y Couthon añadió que se debía hacer una gran tirada para enviarlo á todas las Comunas. Así se acordó. Vadier, sin descorazonarse, reanudó su campaña sobre la Madre de Dios.

Pero Cambon dijo: «¡Antes de caer deshonrado hablaré á la Francia! Yo he denunciado todos los peligros que atacaban á la fortuna pública. Ha llegado la hora de decir la verdad. Un hombre paralizaba la Convención y este hombre es Robespierre, juzgad.»

Robespierre: «¿Cómo puedo paralizar á la Convención en una teoría de Hacienda? Sin atacar las intenciones, ni los propósitos que hayan podido guiar á Cambon...» Retroceso manifiesto. Primero le dijo bribón, y después declaró que no tenía el propósito de atacar sus intenciones. Billaud: «Es necesario que se arranquen caretas. Si es cierto que hemos perdido la libertad de criterio, prefiero que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso que no resultar cómplice de sus cohechos con mi silencio.»

Heron, que fué la personificación de la inconsecuencia, ataca á Billaud.

«La libertad de opinión. ¿Cómo podemos emplearla cuando los comités pueden ordenar nuestra detención? Es preciso arrancarles este derecho.»

Se le hace callar y Robespierre, fortalecido ante este divertido espectáculo dice: «De nada me retracto... Solo me he presentado ante mis enemigos. A nadie he adulado, á nadie he calumniado, no temo pues á nadie.»

Los maratistas Charlier y Bentabole no dejaron así la cosa. Comenzaron con nuevos bríos.

Bentabole: «La impresión y envío del discurso es peligrosa. La Convención será la responsable de las agitaciones populares.»

Couthon: «Es necesario que todo el pueblo juzgue. He aquí porque he votado en su favor.»

Charlier: «Enviémos el discurso á los comités»...

Robespierre: «¿Cómo? ¿A quiénes he acusado?»...

Charlier: «Cuando se tiene el valor de la virtud se ha de poseer el de la verdad.»

Robespierre: «Persisto en mi criterio... No puedo tomar parte en cuanto se decida acerca de mi discurso.»

El dantonista Thirion: «Enviarlo es prejuzgar. ¿Por qué uno solo ha de tener más razón que muchos?»

Bead, miembro del comité de legislación: «Se trata de un proceso de extraordinaria importancia. Revoquemos el acuerdo.»

Queda revocado.

Barere, que al votar la impresión del discurso había hecho traición á los comités, pasó ligeramente de un punto á otro.

¿Quién sería el acusado? ¿Robespierre ó los comités?

